

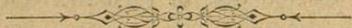
cia, y quien velare por su amor hallará reposo. Va por todas parte ella misma buscando á los que son dignos de poseerla, y por los caminos se les presenta con agrado, y consigo la tienen en todas ocasiones y en todos los negocios de la vida. Procurar instruirse es amarla, es guardar sus leyes; y la guarda de estas leyes es la perfecta pureza que con Dios nos une (1).

La doctrina católica eleva y santifica nuestras almas; nos habla siempre de Dios y nos inspira amor á la virtud; enseña la verdad que nos libra, y trata de encender en nuestro corazón el fuego del amor divino.

En lo que acabamos de decir queda indicado el objeto del presente libro, en el que tratamos de los principales dogmas de la religión católica en sus relaciones con la piedad, y de las virtudes cristianas.

Por medio de María, nuestra Madre amorosísima, ofrecemos al Sagrado Corazón de Jesús nuestro humilde trabajo; el Hijo y la Madre se dignen bendecirlo para que pueda servir á la gloria divina y á la eterna salud de las almas, que es lo que deseamos.

(1) Sap. VI, 13-20.



PRIMERA PARTE



CAPÍTULO PRIMERO

PENSEMOS EN DIOS

I

Al ocuparnos de Dios Nuestro Señor, se eleva nuestro pensamiento más allá de las nubes, más allá de los cielos; y al pasar junto á los ángeles de Dios, si la espléndida belleza de estos purísimos espíritus le admira y encanta, no se detiene ni un instante; no va en busca de una hermosura que ha tenido principio y que en sí misma no tiene la vida. *Ascende superius*, le dice una voz que descende de lo alto; y nuestro pensamiento, en alas de la fe y del amor, sigue remontándose á una altura infinita. ¿Qué es lo que busca, y dónde quiere descansar? Busca una belleza perfecta y eterna y quiere descansar en Dios. Dios, ¡qué palabra tan llena de amor y de encanto! Dios, el Sér necesario, inmutable y eterno; fuente de vida, de luz y de amor; amable y perfecta belleza; y nuestro pensamiento le con-

templa al través de los cándidos velos de la fe, y si bien suspira por verle cara á cara, descansa, sin embargo, dulcemente en el seno de ese Sér querido, que es la eterna verdad.

Dios; su divina existencia es luz purísima que alumbra nuestros ojos con una claridad divina, y disipa las tinieblas de todos los errores. Él existe, Sér inmóvil que comunica el movimiento á todas las criaturas. Existe por sí mismo y es causa eficiente de todas las cosas. Él existe: la vida y la muerte, ó sea la contingencia de las criaturas, así nos lo demuestra; porque éstas no siempre han existido, y jamás hubieran venido á la existencia á no haberla recibido del Sér que existe por sí mismo.— También nos prueba la existencia de Dios Nuestro Señor, la diversa perfección que vemos en las criaturas, las cuales son, respectivamente, más ó menos buenas, verdaderas ó nobles. Todas ellas se acercan más ó menos, según su diversa condición, á lo que es verdadero y noble por excelencia; esto es, al Sér perfectísimo, eterno y el primero de todos los seres.—Asimismo la existencia de nuestro Dios querido está comprobada por el gobierno del mundo, en el cual los seres desprovistos de inteligencia se dirigen con admirable concierto á un fin que sólo puede haberles señalado, y al que sólo puede dirigirlos una soberana inteligencia: el que es la eterna verdad (1).

(1) Thom., 1.^a p. q. II a III.

Nuestro Dios amado no es cuerpo, ni hay en Él composición de materia y forma; porque es un acto puro en el que no hay potencialidad alguna; es el primer bien, el bien por excelencia y no por participación. Él es su misma esencia, su deidad, su vida y todo cuanto de Él se predica y afirma; y siendo, como es, la primera causa eficiente, acto puro, y el primero de todos los seres, su esencia y su existencia no son cosas distintas; no pertenece á ningún género, ni admite en sí mismo ningún accidente; es simplicísimo, y no entra en composición con ningún sér. Su perfección es infinita, porque es el primer principio activo que existe en acto, y tiene en sí mismo las perfecciones de todos los seres; porque todo lo que un efecto contiene de perfección, debe encontrarse en su causa eficiente, ya bajo el mismo concepto, si el agente es unívoco, ya de un modo más eminente, si es equívoco; y Dios es la primera causa efectiva de las cosas, y un Sér infinitamente superior á todos los demás; por esto existen en Él, y de una manera muy eminente, las perfecciones de todas las criaturas (1). ¡Con qué miradas podremos contemplarle! ¡Qué sentiremos con tan hermosa y apacible vista! Ahora sólo por medio de la fe le contemplamos, *per speculum et in aenigmate*, según la expresión del Apóstol; y sin embargo, la luz con que la fe alumbra nuestras almas, nos descubre en

(1) Thom., q. IV, á I-II.

nuestro Dios amado una hermosura divina que arrebatada y encanta; y al pensar que Él existe, que es el Sér de los seres, el Sér necesario que comunica vida y movimiento á todos los demás, y que es su causa eficiente en quien están lo verdadero, lo bueno, lo noble por excelencia, y que todo lo gobierna con sabiduría infinita; le bendecimos y adoramos por su misma grandeza, y nuestra alma descansa en el seno del Señor dulcemente, con una confianza que nadie perturba. Él existe, y viviendo nosotros en su amoroso regazo seremos dichosísimos; no será su preciosa vida estéril en manera alguna para aquellos que creen en su existencia, que ponen en Él su esperanza y amor.

La vida de Dios, su existencia, es su infinita y soberana dicha; y por esto, al pensar en esa vida nuestras almas se llenan de inmensa alegría y de un júbilo divino. Vive y siempre ha de vivir el Dios que amamos; su felicidad es infinita, perfecta y eterna. Que Él viva y sea dichosísimo por su propia vida, por su misma esencia. ¿Habrá para nosotros unas delicias más puras que aquellas que nos vienen de la dicha de Dios? ¿Será posible un gozo más profundo que aquel en que el alma queda sumergida por la felicidad del mismo Dios? Entra en el gozo de tu Señor; y ese gozo nos inunda, y penetra todo nuestro corazón, y nos transforma en Dios. Unidos á Él somos con Él un mismo espíritu; y nuestro amor es generosísimo, porque olvidando cuanto le es posible sus pro-

prios intereses, piensa en la gloria de Dios, en la dicha infinita de ese Sér que tanto ama. En verdad que nuestro amor no será enteramente perfecto; mas esto mismo tendrá que redundar en beneficio y gloria para Dios, confesándonos nuestra inmensa miseria, y alegrándonos una y mil veces de que Él y solamente Él es la vida, la perfección absoluta y la infinita grandeza.

Él vive y siempre ha de vivir; Él es la misma vida: su naturaleza es su misma inteligencia; y no le es impuesto por causa extraña lo que le pertenece por su propio Sér, la plenitud de la vida, eterna y siempre en acto; y todas las cosas son vida en Dios Nuestro Señor; porque el vivir en Dios es su mismo entender y éste lo mismo que lo que entiende y que su acto intelectual; y por lo mismo, cuanto Él conoce es su misma vida (1). He aquí para nosotros un inmenso gozo: la felicidad de Nuestro Señor dulcísimo, que es su misma vida, jamás ha de concluir, Tú eres, oh señor, decía David, el que al principio criaste la tierra; los cielos son obra de tus manos; éstos perecerán, pero tú eres inmutable. Llegarán á gastarse como un vestido, y los mudarás como quien muda una capa, y quedarán mudados; mas tú eres siempre el mismo, y tus años no tendrán fin (2). Vivirá para siempre nuestro Dios querido; y cuando

(1) D. Thom. ut q. XVIII á III-IV.

(2) Ps. CI, 26-28.

le veamos manifiestamente, seremos semejantes á Él. ¡Con qué bendiciones ensalzaremos su divina gloria, y cuál será nuestra dicha al descansar en su seno amorosísimo, y esto para siempre jamás!

Aún estamos lejos del que es la fuente de la vida: ¿qué deberemos hacer sino suspirar acá en la tierra, elevando á Dios nuestros afectos? Así lo hacemos, diciendo una y otra vez con el Profeta rey: ¡Oh, cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma suspira con abrasadas ansias por los atrios del Señor.— Oh Dios mío, de tí está sedienta mi alma: ¡y de cuántas maneras lo está también mi cuerpo! (1). Estas tristezas que nos inspira el amor, á pesar de las lágrimas que nos arrancan, son para nosotros un tesoro de riquísima valía; y después de haber llorado por la ausencia de Dios, su Majestad nos llena de consuelo: está muy cerca de nosotros, y al desahogar nuestro amor en su bendito seno, gustamos celestial delicia, y una paz dulcísima que calma nuestras ansias y congojas. Nos conformamos con la santa voluntad de Dios, y sin pensar en más, todo lo esperamos de su gran bondad. Bendito sea para siempre nuestro Dios querido.

(1) Ps. LXXXIII, e 3—LXII, 2, 3.

II

Si pensamos en los atributos de Dios Nuestro Señor, gozaremos de las mismas delicias que pensando en Él; porque ellos son el mismo Dios. Él es su bondad, y su omnipotencia, y su sabiduría, y su amable y divina justicia. ¡Oh cuánta es la perfección y la belleza que tienen en sí mismos: una, soberana y eterna!

La bondad divina. No hay expresiones en el humano lenguaje con que pueda explicarse su inefable dulzura, su arrobador y celestial encanto, y los misteriosos y suaves atractivos con que sabe inclinarnos á su amor divino, con que rinde y cautiva todo nuestro afecto.

Dios es bueno, es la misma bondad; es el sumo bien; y el ser bueno por esencia sólo á Dios conviene. La bondad de una cosa consiste en ser apetecible, y cada sér aspira á su perfección; mas la perfección y la forma de un efecto consisten en cierta semejanza del agente, que lo hace parecido á sí mismo; por lo que el agente es apetecible y tiene razón de bien, ya que lo que de él se apetece es la participación de su semejanza. Por esta razón á Dios, primera causa efectiva de todas las cosas, le corresponde la naturaleza del bien y de lo apetecible. Por Él subsisten todas las criaturas, y de Él dimanar, como de primera y excelentísima causa, todas las perfecciones. Sólo Él es bueno por su

esencia; porque todo sér es bueno en cuanto es perfecto; y esta perfección puede consistir en el mismo sér, ó bien en los accidentes que se le agregan y que le son necesarios para su perfecta operación, ó en haber conseguido el objeto en que estaba su fin. Esta triple perfección no conviene á ningún ser criado, según su esencia, sino sólo á Dios, en quien únicamente la esencia es el mismo sér, que no puede recibir ningunos accidentes, ni está subordinado á cosa alguna como á su fin, sino que Él es el fin último de todas las cosas (1).

Somos miserables, mas Dios es una bondad infinita. ¿Habrà para nosotros cosa alguna que así nos consuele como esa bondad soberana, que así nos admire y encante? Nuestras miserias á cada instante nos obligan á buscar el remedio que necesitamos; y al hallarlo queda desahogado nuestro corazón, se secan las lágrimas de nuestros ojos y se acallan los ayes del dolor. Pues he ahí la bondad amorosísima de nuestro Dios, remedio soberano de todos nuestros males. Es ella un piélago insondable de amor y de dulzura; es el sumo bien; por sí misma se inclina á remediarnos, y nos comunica sus riquísimos tesoros con una liberalidad incomparable. Quien la invoca, quien espera en ella, no será confundido. Sabe perdonar porque es infinita su clemencia, y nos llena de consuelo si se hallan nuestras almas oprimidas de dolor,

(1) D. Thom. cit. q. VI.

porque no se deleita en nuestros males, y nos da bonanza después de la borrasca: tiene sus delicias en hacernos bien. ¿En dónde sino en ella hallaremos la paz del corazón? Si hemos perdido la esperanza, ¿quién podrá volverla á nuestro pecho, sino esa bondad dulcísima de Dios Nuestro Señor, que nunca en esta vida nos niega la indulgencia, si acudimos á ella llorando nuestras culpas y en busca de socorro?

La divina bondad no sólo nos alivia y socorre en todas las necesidades de la vida, sino también, al hacerlo, llena nuestras almas de una admiración que no podemos explicarnos. Nosotros ¿quiénes somos, preguntamos, y quién es ella? Si descendemos hasta el fondo de nuestra nada, conoceremos con mucha claridad, mas no con toda perfección, la infinita distancia que de Dios nos separa; porque Él es el Sér de los seres, soberano y altísimo Señor, que tiene la vida por su misma esencia; que su grandeza y majestad son infinitas, y que á Él le corresponden el amor y la adoración de las criaturas. Después de esto, ¿cómo explicarnos su bondad inmensa para con nosotros? No somos únicamente como nada en su presencia; somos también pecadores; y el pecado nos cubre de ignominia y nos hace aborrecibles á los ojos del Señor, cuya santidad es infinita; y sin embargo, su bondad dulcísima y amable se derrama en beneficios y misericordias; y á fin de atraernos á su gracia, se nos manifiesta llena de suavidad, de encanto y de dulzura. ¡Oh

bondad de nuestro Dios querido, cuán amable eres! Y ¿cómo no amarte con todo el corazón; cómo no cantar las maravillas de tu gloria y los encantos de su amor divino para con nosotros, miserables pecadores? Te adoramos, te bendecimos y te alabamos con todo nuestro afecto.

Nada hay más dulce y consolador para nuestras almas como el pensamiento de la divina bondad; y nada asimismo como ella, que con tanta dulzura nos atraiga á su seno. Cuando hemos caído en la profunda sima del pecado, el desaliento y la tristeza se apoderan de nosotros; conocemos la gravedad de nuestras faltas, y la desesperación se nos acerca. ¡Ay de nosotros si en tales circunstancias echamos en olvido la bondad de Dios! porque sólo ella nos puede alentar; esa bondad que disimula los pecados y nos conserva la vida para dar lugar al arrepentimiento; esa bondad dulcísima y amable, decimos otra vez, que no se cansa de favorecernos, y que quiere que todos nos salvemos.

Yo les atraje hacia Mí con vínculos propios de hombres; con vínculos de caridad (1).

Con sus gracias y favores y con la dulzura de su gran misericordia, nos atrae á su seno la divina bondad. ¿Cómo querer resistir á las dulces instancias de su amor, cuando todo lo hace por nuestro bien y con una benignidad tan dul-

(1) Oseas, XI, 4.

ce y delicada que pudiera ablandar las piedras? No quiere confundirnos ni despreciarnos antes de concedernos el perdón; sino al contrario, nos lo ofrece descubriéndonos el más vivo interés por nuestras almas; y el amor más noble y generoso que todo lo olvida cuando nos convierte. ¡Oh bondad divina, cuán amable eres...! No hay que hacer otra cosa sino rendirnos á ella y amarla con todo el corazón. Al pensar en todo esto, nuestras almas han quedado llenas de suavidad y de consuelo; y la dulzura y los encantos de la bondad de Dios las hacen muy dichosas. Bendita sea ella, ahora y para siempre. Amén.

